(**MÁXIMO GARCÍA RUIZ***, 30/12/2015) | "*Y el sol se detuvo y la luna se paró. Hasta que la gente se hubo vengado de sus enemigos"* (Josué 10:13). Se trata de una referencia a un "hecho histórico" para el autor del libro de Josué que acredita remitiéndose a lo que está escrito en el libro de Jaser, un documento del que no tenemos más referencia que ésta y la que recoge el segundo libro de Samuel 1:18, donde se hace mención a este mismo libro, predecesor de los que integran el Antiguo Testamento.

¿Se trata de un libro sagrado? Y si es así ¿cómo es que desapareció? Y si no fuera sagrado ¿qué veracidad podemos dar a sus afirmaciones? Sea como fuere, el tema merece nuestra atención por tratarse de uno de esos hechos insólitos que escapan al entendimiento racional y que hay que situarlos entre los grandes enigmas de la Biblia.

En el Antiguo Testamento hay otras noticias curiosas aludiendo al sol y a la luna, unas de forma poética y otras metafórica, como la que encontramos en Isaías 38:8: "*He aquí, yo haré volver la sombra por los grados que ha descendido con el sol, en el reloj de Acaz, diez grados atrás. Y volvió el sol diez grados atrás, por los cuales había ya descendido*

”; o en Habacuc 3:11,: “
*El sol y la luna se pararon en su lugar; la luz de tus saetas anduvieron, y al resplandor de tu fulgente lanza”.*
Parece evidente que la
historia narrada en el libro de Jaser estaba muy presente entre los hebreos, de cuya historia se derivaban diferentes interpretaciones.

*Para el pueblo sencillo que escuchaba la narración épica, no resultaba fácil de comprender que Josué hubiera llevado a cabo en un solo día tantas hazañas.* ***Sólo encontraron una explicación convincente: ese día fue mucho más largo que el resto de los días;*** *y si no lo fue de hecho, al menos sí lo fue en el volumen de sus conquistas, sin encontrar otro argumento a su alcance que para conseguirlo, el sol había tenido que detener su curso normal.*

Job, por su parte, en un poema de reconocimiento de la grandeza de Dios, afirma: “*El manda al sol, y no sale; y sella las estrellas*
” (Job 9: 7). El libro de los Salmos, Eclesiastés, Isaías, Joel, Amós, Miqueas, Habacuc, Malaquías, se refieren al astro rey en formas muy diversas, estableciendo alegorías o formando poemas. También el Nuevo Testamento toma al sol como referente de sus enseñanzas o reflexiones espirituales.

Las batallas llevadas a cabo por Josué debieron ser épicas; entre ellas sobresale la de Gabaón, de la que el pueblo y los poetas guardaron un recuerdo recurrente en sus narraciones y en el folklore popular. Una historia que fue transmitida con orgullo patrio de generación en generación. El autor sagrado está haciendo referencia a la gran batalla contra los amorreos en el vr. 11 y, sin que exista una explicación razonable, introduce el texto de un antiguo cántico triunfal conservado en el libro de Jaser. Para el pueblo sencillo que escuchaba la narración épica, no resultaba fácil de comprender que Josué hubiera llevado a cabo en un solo día tantas hazañas. Sólo encontraron una explicación convincente: ese día fue mucho más largo que el resto de los días; y si no lo fue de hecho, al menos sí lo fue en el volumen de sus conquistas, sin encontrar otro argumento a su alcance que para conseguirlo, el sol había tenido que detener su curso normal.

Por una parte, con esta explicación se pone de relieve la gran personalidad de Josué a quien nada ni nadie se le resiste, capaz de dominar los elementos, a semejanza de su predecesor Moisés y, por otra, afirmar su convencimiento de que Jehová les acompaña en las batallas que, por muy desiguales o imposibles que puedan parecer, siempre actuará a su favor, incluso rompiendo el orden natural establecido por él mismo en el universo, si fuere necesaraio. De esa forma, el himno patriótico del libro de Jaser encuentra encaje en esta reseña bélica que recuerda las hazañas del gran caudillo. No es ése el único caso en la Biblia de inserción en el texto de himnos épicos (cfr. Exo. 15), un género literario común en todos los tiempos.

No olvidemos tampoco que el autor se mueve en una cultura que piensa que es el sol el que da vueltas alrededor de la tierra, una creencia que se ha mantenido hasta tiempos relativamente recientes (cfr. Galileo Galilei 1564-1643, juzgado como hereje por el Vaticano, por rebatir científicamente este pasaje). Y así lo expresa el autor del libro en este caso, con lo cual deducimos que no es precisamente el rigor científico el que debe buscarse en la Biblia, ya que no es ese su objetivo.

Desde la más depurada teología bíblica mantenemos que Dios creó el universo y lo hizo todo perfecto y en armonía; que existen unas reglas que rigen su comportamiento; que Dios es todopoderoso pero no es un Dios que se mueva a impulsos de dictados humanos; que existen, evidentemente, fenómenos atmosféricos como terremotos, volcanes, estrellas fugaces, tornados y trombas marinas, desbordamientos de ríos, eclipses de sol, lluvias torrenciales, granizadas destructivas,  algunos fenómenos con fecha más o menos prevista, como *Las Perseidas*
o lluvia de estrellas del verano;
*Las Leónidas*
o lluvia de estrellas de noviembre;
*Las Líridas*
, tal vez la lluvia de estrellas más espectacular, fenómenos meteorológicos que han dado pábulo a miles de elucubraciones de orden sobrenatural, pero que están fuera del dominio y del control humano.

Para los hebreos y para otras culturas pre-científicas, cualquier fenómeno de la naturaleza solía ser interpretado de acuerdo con el nivel de conocimiento de la época y, ante la dificultad de encontrar una explicación razonable, no era de extrañar que fueran interpretados como fenómenos paranormales relacionados con la divinidad. Especialmente el sol, ha ejercido una gran fascinación, siendo erigido como dios por algunos pueblos. Hoy en día disponemos de un mayor nivel de información científica acerca de estos fenómenos; una información que nos brinda la posibilidad de encontrarles algún tipo de explicación, si bien no siempre seamos capaces de entender su origen y su alcance.

Bien es cierto que aún quedan muchos enigmas por desentrañar, no sólo en la Biblia sino en la propia naturaleza. Y hay formas muy diferentes de aproximarse a ellos.  Desde la fe, el creyente reivindica la soberanía de Dios para explicar todo aquello que se escapa a su comprensión; sin embargo, desde una sociedad secularizada, que no se rige por patrones religiosos, no se concibe la intervención de Dios rompiendo las reglas de la física y de la naturaleza que él mismo ha establecido, por lo que  busca otro tipo de explicaciones. Por nuestra parte consideramos que es necesario poner en práctica el mandato de Dios de

“enseñorear la tierra” procurando descubrir todos los misterios que encierra, a cuyos efectos Dios nos ha dotado de recursos intelectuales suficientes; no obstante, no siempre es posible encontrar una respuesta razonable.

*"... la explican a su manera, pero una vez más, el propósito es mostrar la providencia de un Dios soberano qu*

La explicación ofrecida por algunos exégetas que buscan dar sentido literal a los relatos bíblicos, es que fue la tierra la que se paró en seco. Si adaptamos la escena descrita en el libro de Jaser, que retoma posteriormente el de Josué, interpretando que ese hubiera podido ser el sentido que quiso dársele al texto, y nos preguntamos: ¿qué ocurriría en el caso de que la tierra dejara de girar, mientras el sol siguiera mostrándose en el mismo sitio? Una hipótesis absurda, es cierto, a la que recurrimos con un interés exclusivamente especulativo. No vamos a entrar en descripciones científicas, pero es obvio que el equilibro del universo se modificaría y resultaría algo realmente catastrófico. Alguien lo ha comparado con la siguiente imagen. Sería como si un vehículo del futuro que fuera a 1.700 km/hora chocara contra un muro; todo lo que no estuviera sólidamente anclado a la tierra (personas, edificios) saldría despedido a esa velocidad. Los fenómenos atmosféricos relacionados con el viento y con el agua que se desencadenarían, serían inimaginables. Y algo más, sin la rotación de la tierra, desaparecería el campo magnético de nuestro planeta y la radiación  solar destruiría la escasa vida que pudiera quedar en ella. Ni mencionar por lo desmesurados, los efectos que tendría en su sistema que fuera el sol el que se detuviera. Mejor no hacer conjeturas sobre esa posibilidad.

¨Leer la Biblia y dejar que, a través de ella, hable Dios, exige una actitud selectiva para entrar en el núcleo y no quedarse con la cáscara; recibir el mensaje y separar la envoltura. El medio a través del cual nos llega la Palabra puede ser diferente: poemas, alegorías, parábolas, narrativas referentes a la época en la que se escribe, lírica, dramas, himnos, elegías, fábulas, gestas, romances..., sin perder de vista que los autores materiales de lo escrito y sus protagonistas, son personas que se expresan dentro de sus propias limitaciones, con el lenguaje y los conocimientos propio de la época en la que escriben, sin pretensiones de rigor histórico o científico; narran los hechos según su propia percepción, sin otra intención que mostrar su fe en Dios, trasladar el mensaje a sus congéneres y mostrar su convencimiento de que todo lo que ocurre está encaminado por Dios para su bienestar, ya que “*a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien*
”(Rom. 8: 28).

¿Qué ocurrió exactamente en la ocasión descrita en el libro de Jaser y retomada por el de Josué? Es posible que algún fenómeno atmosférico se produjera relacionado con la batalla que

tanto Josué como sus seguidores interpretaron como una ayuda directa de parte de Jehová en la batalla que estaban llevando a cabo. Y la explican a su manera, pasando de la transmisión oral a la escrita y de un libro a otro, en un recorrido que abarca varios siglos, recurriendo a su percepción e interpretación del hecho, sin que sea preciso elevar esa explicación a un rango científico asumiendo la literalidad del texto, ya que. una vez más, el propósito es mostrar la provisión de un Dios soberano que está cercano a su pueblo, cuando le invoca.

Autor: **Máximo García Ruiz***, Diciembre 2015.

---

*© 2015 - Nota de Redacción: Las opiniones de los autores son estríctamente personales y no representan necesariamente la opinión o la línea editorial de Actualidad Evangélica.*

***MÁXIMO GARCÍA RUIZ**, nacido en Madrid, es licenciado en Teología por la Universidad Bíblica Latinoamericana, licenciado en Sociología por la Universidad Pontificia de Salamanca y doctor en Teología por esa misma universidad. Profesor de Sociología y Religiones Comparadas en la Facultad de Teología de la Unión Evangélica Bautista de España (UEBE), en Alcobendas, Madrid y profesor invitado en otras instituciones. Pertenece a la Asociación de Teólogos Juan XXIII. Ha publicado numerosos artículos y estudios de investigación en diferentes revistas, diccionarios y anales universitarios y es autor de 24 libros, algunos de ellos en colaboración.*

{loadposition maxgarcia}